



Jose Sanz

<http://josesanzsaez.weebly.com>

Se conocieron en la red

Se conocieron en la red y se enredaron. Ella era Sincera38 y él Carlos42. Estaban en el chat de su ciudad, perdidos en el almacén de las almas perdidas. En el lugar donde los espíritus deambulaban buscando aquello que ansían.

Sincera38 indicaba su valor y el número de primaveras en su alias. Carlos42, su nombre y edad. Ella idealista, él práctico. Se conocieron con un “Hola”. La conversación discurrió entre tópicos y preguntas que trataban de saber más sobre el que estaba al otro lado de la pantalla. ¿A qué te dedicas? ¿Qué te gusta? ¿Casado? El intercambio de textos de un ordenador a otro fue en aumento y el interés y la confianza también. La conversación fue subiendo de temperatura y encendió los cuerpos de los navegantes de la red mientras se proponían a través del ordenador caricias y besos.

—¿Te apetece que quedemos? —dijo él con ansia indisimulada.

—Es muy tarde —dijo ella prudente.

Sonó una llamada con número oculto y el teléfono unió a los amantes con sonidos de jadeos y deseo mientras se daban placer a distancia. Cuando la respiración agitada se recuperó, quedaron para comer al día siguiente.

El móvil volvió a conectarlos. “Hola, ¿dónde estás?”, dijo Sincera38. “Frente a la puerta del restaurante, llevo un niqui negro y pantalones vaqueros”, dijo Carlos42. “Yo una americana azul, ya te veo”, dijo ella mientras levantaba la mano para saludar y darse a conocer. Se sentaron en la terraza del local y mientras charlaban con cautela y superaban nervios y vergüenzas iban conociéndose. Ella se llamaba Ana. Vestía una americana azulona; moderna y elegante. A juego con una camiseta de tirantes azul oscura y unos pantalones vaqueros. Tenía el pelo

caoba recién arreglado en la peluquería y unas gafas con un toque de color verde en las patillas. Él se llamaba Jesús, Carlos Jesús explicó luego. Niqui negro, vaqueros y una chamarra negra de loneta. Pidieron al camarero unos pinchos y bebida. Una coca-cola para ella y una cerveza para él. Mientras comían, sentían el calor del sol sobre ellos. Entremezclada con las palabras sonaba la música de acordeón de un músico callejero.

Compartían rupturas con parejas anteriores y deseos de encontrar una nueva complicidad. Pero prejuicios y perspectivas diferentes los distanciaban. “Casi no me atrevo a venir por la vergüenza”, dijo Ana. “Me alegro de que hayas venido, fue divertido”, dijo él quitándole importancia. Ella asintió.

La conversación fue fluyendo entre bromas, acuerdos y desacuerdos. Entre conocerse más y responder si el otro era lo que estaban buscando. El café lo tomaron en un bar cercano, y sobre un sofá de cuero intercambiaron besos y caricias como adolescentes de 16 años a los que no les importa quién esté mirando. Pese a que el deseo los hubiera empujado a más, el qué dirán venció. Después de un largo rato de juegos se despidieron.

Carlos42 acompañó a Sincera38 al autobús y con un beso corto en los labios y un abrazo se despidieron. Cuando el humo del autobús de dispersó las almas separadas pensaron en su cita a ciegas. Recorrieron mentalmente los minutos transcurridos. Las palabras, los besos, las manos entrelazadas. El deseo contenido, la vergüenza, la complicidad que surgió junto al aroma del café. Dos adultos comportándose como chiquillos. Satisfechos y frustrados a un tiempo. Sorprendidos por la manera de comportarse, que no esperaban haber tenido pero sucedió, y expectantes ante el próximo paso. La edad limita la ilusión pero no apaga su llama. Y esa noche se intercambiaron mensajes: “Me ha encantado conocerte y me encantaría volver a quedar contigo”; “A mí también, lo he pasado muy bien, un beso”.